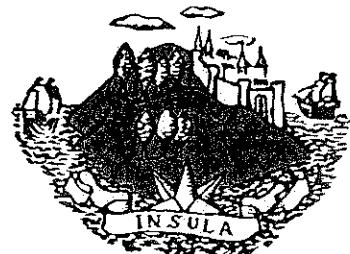


I N S U L A - 7 1 3

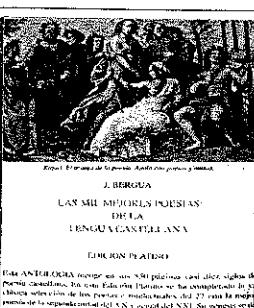


R E V I S T A D E L E T R A S Y C I E N C I A S H U M A N A S / M A Y O 2 0 0 6

Orfeo xxii

Poesía española contemporánea y tradición clásica

Lösungen der Übungsaufgaben für das Lehrbuch „Gesundheit und Gesundheitsförderung“



DE VARIAS LECCIONES: Luis Alfonso Osorio, Jorge Mazzatorta, José María Mico, A. González, *EL PINTOR Y EL LECTOR* (2004), Martí Pérez quejico, Luis V. Novas, *LA VIDA DE GONZALO DE CORDOBA EN ÓPTICA RAMÓN PÉREZ PARDO*, HERMANOS JOFÉS Y JAVÍER, 1914-1916; PABLO RÍOS PÉREZ y Pilar García Sedas, *CRÍTICA E HISTORIA: POESÍA Y VAMINOS DE LA GUERRA REAL CRISTIANA*; PEPÓN DÍAZ ROMA, Luis Concha Canseco, *LA VIDA Y LAS OBRAS DE ESTANISLAVAS*, Miguel Ángel Llana, *LA FENOMENOLOGÍA PENSADA EN RECORRIDOS CLÁSICOS*, Jésus Vázquez Irabáiz, *PSICOANALÍSIS LITERARIO Y PENSAMIENTO*, Felice Gambaro, *EL SACRO MÓRGAN DEL ESPAÑOL*, Irene Lozano, *CREACIÓN Y CRÍTICA: VARIACIONES BIBLICAS EN LOS POEMAS DE ALVARO CARRIÓN*, Carolyn Richmond, *LETRAS DE AMÉRICA: Cronistas en desbarato*, José Manuel González Álvarez.

Los saltamontes se rien de las orugas
y cabalgan sobre las sillas de las tortugas
La palabra ya es libre

Los que no monten en su lomo
cegarán bajo sus crines incandescentes
Se venden zancos

para los cortos de estatura
y hay antídotos

para todos los narcóticos

Los metros de los horteras
y los cosméticos de las calvas
se tuestan en la hoguera maximalista

El gallo viene en aeroplano
de las estepas encendidas

Trae en su garganta el collar de la aurora
y en su plumaje el arco iris

Ki-ki-ri-ki

Alma peregrina, coincidiendo con el declive del ultraísmo, en 1923 se embarcó desde el puerto gijonés de El Musel hacia el puerto mexicano de Veracruz, al reencuentro tal vez del paisaje paterno o de nuevas utopías. En México, tomó contacto con los estridentistas quienes, con cierta complacencia, recogieron algunos de sus poemas en las revistas «Actual» e «Irradiador». Asistió a las tertulias del Café de Nadie, cenáculo vanguardista

capitaneado por Germán List Arzubide, Maples Arce, Arqueles Vela, Salvador Gallardo, Luis Quintanilla, Luis Ordaz Rocha y los pintores Ramón Alva de la Canal y Germán Cueto, entre otros. En 1925, fundó la revista «Sagitario. Revista del siglo XX», dedicada a las artes y las letras, y cuyos colaboradores mexicanos tienen una presencia muy relevante, sobre todo los poetas de «Contemporáneos» (1928-1931) y los críticos de arte catalanes Sebastián Gasch y José M. de Sucre. Tres años después diseñó «Circunvalación», pliego de distribución gratuita donde las artes plásticas cobran mayor relevancia que en «Sagitario». De los tres números que logró publicar, destacamos las portadas dedicadas a Fernand Léger, Francesc Domingo y Juan Miró. Viajó por toda la república mexicana dictando conferencias y por América Central. En Cuba, conoce a Juan Marinello y Jorge Mañach llegando a publicar en «Revista de Avance». En 1930, funda —junto a Celestino Goroztiza— «El Espectador», revista de actualidad cultural, dedicada principalmente a las artes escénicas. Su pasión por el cine lo lleva a Estados Unidos. Testimonio de su vida californiana son las cartas cruzadas con José Bergamín (Nigel 1993). En California publica su único libro de poemas, *A cry in the dark* (1945), dedicados a la guerra civil e ilustrados por el dibujante y pintor asturiano Germán Horacio. En México había dado a conocer dos volúmenes en prosa: *Las dos Españas. Ensayo de valoración histórica* (1928) y *La sombra del aguila. Cinedramatización* (1943). Murió en 1960, en el más absoluto olvido.

Lo cierto es que estos dos hermanos, poetas y ultraístas, todavía están pendientes de ser descubiertos. Vayan, a modo de adelanto, esos trazos biográficos de José y Humberto Rivas, que verán su obra editada próximamente.

P. G.-S.—CRÍTICA E INVESTIGADORA

PILAR GARCÍA-
SEDAS /
HERMANOS...

LUIS GÓMEZ CANSECO / POR LOS CAMINOS DE LA FICCIÓN ÁUREA: AURISTELA Y FELISINDA EN ROMA

En sus ires y venires por la literatura española, la profesora Aurora Egido ha hecho dos de sus jornadas mayores en las posadas de Cervantes y en el estudio de Baltasar Gracián. Fruto de las conversaciones con ambos son libros excepcionales, como *Cervantes y las pueras del sueño* (1994), *La rosa del silencio* (1996), *Humanidades y dignidad del hombre en Baltasar Gracián* (2000), *Las causas de la prudencia y Baltasar Gracián* (2000) o las sabias páginas que preceden a las *Obras completas* del jesuita (2001). Ahora ha querido acabar una labor que ya había apuntado en alguno de esos trabajos: la de abrir un canuño que comunique las dos moradas. El resultado es *En el camino de Roma. Cervantes y Gracián ante la novela bizantina*, una obra que ha encontrado su motivo en el viaje literario.

La circunstancia que originó el libro es la festividad de un santo aragonés amigo y colaborador de san Isidoro, san Braulio, que la Universidad de Zaragoza conmemora anualmente el 26 de marzo. Pero más allá de un mero compromiso académico finiquitado con pericia, la profesora Egido ha aprovechado la ocasión para recorrer con finura y erudición las cañadas de la prosa de ficción en el Siglo de Oro, siguiendo uno de sus episodios más interesantes, el de las invenciones bizantinas. El resultado es un texto destilado en el alambique de las muchas lecturas, que ilumina con la fertilidad de la inteligencia.

Como andante peregrino

Los vericuetos del viaje como tema literario son el punto de partida; y es que el viaje, más allá de la condena moral que sufrió en la Antigüedad, adquirió para la literatura una dimensión simbólica en el momento mismo en que Heliodoro reinterpretó la *Odisea* desde patámetros sentimentales. Los lunes del Renacimiento dieron con el filón en 1526, cuando reapareció la *Historia etiopica de Teágene y Cariclea*. Desde entonces, quedaron abiertas las puertas a un nuevo modo de ficción narrativa que podía competir en buena lid con las intrigas caballerescas. Los humanistas vieron el cielo abierto con este nuevo juguete narrativo que permitía articular la imitación de los clásicos, el alarde de conocimientos y la elevación moral con el entretenimiento del lector. A la edición griega de 1534 le siguió la traducción francesa de Aymot, y los primeros Heliodoros castellanos se imprimieron entre 1554 y 1587, cuando ya Alonso Núñez de Reinoso había iniciado la adaptación del

género con su *Historia de los amores de Claro y Florisea* (1552). Le secundó Jerónimo de Contreras en 1565 con *La selva de aventuras*, y para 1604 Lope había imaginado un bizantinismo doméstico para *El peregrino en su patria*.

Contra este *Peregrino* santurrón y pedestre enarbóló su pluma Miguel de Cervantes, que se propuso, según confiesa en el prólogo de las *Novelas ejemplares*, «competir con Heliodoro» y que dos años más tarde anunciable, desde la dedicatoria del segundo *Quijote*, un nuevo engendro: «el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto, quiero decir de los de entretenimiento». El libro en cuestión era *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, que salió de las prensas de Juan de la Cuesta en 1616, las mismas que al año siguiente parieron la también bizantina traducción de *Los más fieles amantes*, *Leucipe y Clitofonte* de Aquiles Tacio, con una aprobación de Pedro de Valencia donde se aseguraba que era «cosa digna de que se imprima, para apetecible entretenimiento y ejemplo de artificiosas y útiles ficiones, sin ofensa de las costumbres». Con otros episodios, la historia se alarga hasta 1651, cuando Gracián publicó en Zaragoza la primera parte de *El Criticón*, que habría de conocer en 1653 una segunda y otra tercera en 1657.

El mejor elogio de estos viajeros bizantinos lo hizo el propio Cervantes por boca de Auristela, que aseguraba en el *Persiles* que su Periandro era «discreto, como andante peregrino: que el ver mucho y el leer mucho aviva los ingenios de los hombres» (II, 6). No ora cosa vino a decir Gracián en el sexto aforismo *Oráculo manual*: «No se nace hecho», es decir, que el ser se hace en el camino y en esa permanente elección que plantea la Y con que los pitagóricos simbolizaban al hombre. Aurora Egido arranca su discurrir con esta idea y con la capacidad metafórica que el argumento del viaje ha tenido en la tradición occidental, pues se ha adaptado a la filosofía con la misma ductilidad que al misticismo, a los casos amorosos más diversos o al entretenimiento del lector, hasta convertirse en eje y motor para la renovación de la prosa narrativa en el Siglo de Oro.

Amantes en tránsito

Las peripeyas de unos amantes castos, nobles, hermosos y perfectos que recorren territorios insólitos se presentaban como un goloso bocado para los lectores de la época. No sólo

Aurora EGIDO: *En el camino de la novela bizantina*. Zaragoza, Universidad de Zaragoza / Gobierno de Aragón, 2005. 1

LUIS GÓMEZ
CANSECO /
POR LOS
CAMINOS...

por la mixtura de amor, aventuras y geografía, sino porque la escritura desatada de esos libros permitía incrustar en ellos otros géneros literarios y toda suerte de personajes, estilos y recursos retóricos. Es lo que hizo, al fin y al cabo, Lope de Vega con su *Peregrino*, convirtiéndolo en una suma estructurada de narrativa, poesía y teatro. Pero la cosa no quedó ahí, ya que el humanismo cristiano tomó pronto conciencia de las posibilidades de un artillaje que, por vía de la alegorización, podía dar cabida a la trascendencia religiosa. Como explica la profesora Egido, a esa cristianización renacentista de la materia bizantina contribuyó su encaje teológico con la peregrinación; y entre los destinos que señaló la cristianidad para sus peregrinos fue Roma, como *Civitas Dei* y asombro del mundo, el que obtuvo un mayor éxito literario. Es la Roma que está presente en el itinerario del peregrino lopesco, en el de los falsos hermanos Periandro y Auristela y en el de los héroes de Gracián, pues todos tienen hábitos de romeros, aunque las razones de su viaje y sus destinos sean bien distintos.

Tanto Lope de Vega, como Cervantes y Gracián reconocieron su deuda con la *Historia etípica* de Heliodoro, al tiempo que marcaron distancias no sólo con él, sino entre ellos mismos. Cervantes respondió a Lope dejando claro que sus protagonistas eran otros, que viajaban por geografías bien distintas, que su concepción de lo religioso era más profunda y su modo de narrar más rico; por eso llevó a sus amantes desde un norte bárbaro y pagano hasta una Roma culta y católica, donde abrazan la religión y el matrimonio. En el *Persiles* se intenta desalegorizar lo bizantino y convertir la obra, como explica Aurora Egido, en «un mapa buliente de personas de distintas razas y lenguas en contacto, como reflejo aproximado de aquél que ofrecía el mundo de su tiempo» (p. 26). Aun así, tras los recovecos de la trama se apunta una ruta simbólica que tiene como objetivo el logro de la felicidad afectiva y religiosa, el retorno a un paraíso perdido y ahora recuperado que encajaba como anillo al dedo con el ideario platónico que rezumaban los textos cervantinos.

El neoplatonismo identificó la unidad como el bien perfecto y como la aspiración última de los seres que se habían separado de la divinidad. La vuelta al Uno era, pues, el destino intrínseco del ser humano, según la teología neoplatónica. Como se desvela con lúcida precisión en el ensayo, Cervantes se atuvió a este principio a la hora de plantear el viaje amoroso de sus protagonistas. Es en su último destino romano donde les espera la transformación de las almas en una sola y, más allá, el camino abierto hacia la reintegración definitiva en Dios. La misma Auristela lo deja bien claro cuando afirma: «Hasta aquí, o poco menos de hasta aquí, padecía mi alma en sí sola; pero de aquí adelante padeceré en ella y en la tuya, aunque he dicho mal en partir estas dos almas, pues no son más que una». Resulta que detrás de todos esos avatares que se presentaban como simples y entretenidas aventuras se escondía una peregrinación ascética en la que cada trabajo era el peldaño de una ascensión. En su avance final, Periandro y Auristela asistirán a una disputa sobre el amor y los celos en la academia milanesa de los Entronados, presenciarán en Luca la historia de la loca Isabela Castrucha, se defendrán en Acuapendente y llegarán por fin a Roma, meta geográfica, narrativa y simbólica, donde convergen fe y cultura, donde Auristela se acristiana y donde el amor se materializa en matrimonio.

Gracián y la Roma sin Amor

Como Cervantes, Baltasar Gracián también acudió al género bizantino para ingeniar *El Criticón*, aunque quiso hacer de su novela una contrahechura del *Persiles*. El jesuita guardó silencio respecto al modelo cervantino, pero señaló itinerarios parejos, que conducen a sus protagonistas hacia Roma. No obstante, la Roma de Gracián era otra cosa. Para Crítilo y Andrenio, la ciudad se anuncia como «oficina de los grandes hombres», esto es, como centro de la cultura en el que no hay rastro de peregrinación religiosa ni de anagnórisis sentimental. De hecho, Gracián no dio el protagonismo de su novela a dos amantes, tal como requería el modelo bizantino, sino a un padre y a un hijo que asumen el papel de maestro y discípulo. La profesora Egido ve en ello la renuncia al esquema amoroso y a la trascendencia religiosa. El camino de los nuevos héroes es el de la sabiduría,

por eso se subraya la alegoría de una peregrinación vital y se denuncia la falsa convención de las peregrinaciones amorosas. En la concepción barroca de Gracián no cabe el final feliz de los géneros que habían dominado la ficción narrativa durante el XVI; el hombre se debate entre la miseria de su condición y la dignidad que puede alcanzar por medio de la virtud. Y hacia esta última señala el itinerario alegórico de *El Criticón*, que no termina en Roma, sino en una Isla de la Inmortalidad a la que sólo llegan los sabios y los virtuosos: «... de la felicidad descubierta, de la constancia en la rueda del tiempo, de la vida en la muerte, de la fama en la Isla de la Inmortalidad: les franqueó de par en par el arco de los triunfos a la mansión de la Eternidad. Lo que allí vieron, lo mucho que lograron, quien quisiera saberlo y experimentarlo, tome el rumbo de la virtud insigne, del valor heroico, y llegará a parar al teatro de la fama, al trono de la estimación y al centro de la inmortalidad».

Con su novela, Gracián responde a Cervantes, a Lope, a Heliodoro y, de paso, al humanismo que había creído encontrar la panacea en el asunto bizantino. El género podía servir, como querían los humanistas, para la instrucción de los lectores; pero Gracián fue más allá y quiso desnudarlo de entretenimientos afectivos o incluso de trascendencia divina. Su reforma del modelo surge de la mezcla con otros géneros que sustentaban ese ideal de una humanidad sabia y virtuosa. Aurora Egido ha señalado con precisión las fuentes de esa metamorfosis en la literatura sapiencial de origen oriental, como el *Cadila e Dimna*, que Gracián pudo conocer en la edición del *Exemplario contra los engaños y peligros del mundo* (Zaragoza 1493), el *Sendebar*, *Poridat de paridades* o el *Conde Lucanor*. De esos libros procederían el esquema de maestro y discípulo y la enorme carga apolálgica de la obra, que se suma a la de otros tratados educativos y emblemáticos que también dejaron su huella en el texto graciánico. Estos géneros sapienciales surtieron de un nuevo contenido al dinamismo de lo bizantino, pues el escritor jesuita adoptó una estructura narrativa que procuraría entretenimiento a los lectores, pero la completó con nuevos contenidos literarios y filosóficos que habrían de contribuir a su instrucción. Es algo parecido a lo que Cervantes hizo con las narraciones caballerescas; de ahí la limpia conclusión de la autora: «*El Criticón* es a la novela bizantina lo que el *Quijote* a la novela de caballerías» (p. 49).

La profesora Egido ha sabido descubrir que Auristela y Felisinda eran la piedra de toque en este negocio. Si Heliodoro y sus seguidores, con Cervantes a la cabeza,

pusieron a una mujer en el camino, Gracián hizo que sus dos héroes masculinos peregrinasen solos en pos de una Penélope imposible. En *El Criticón* se rompe el esquema tradicional de «chico busca chica», para optar a un más abierto «chicos buscan». El problema es que esa búsqueda inicial termina en el desengaño. La *crisis nona* de la Tercera Parte lleva por título un paradójico «Felisinda descubierta», ya que la Felisinda que Crítilo busca por esposa y Andrenio por madre nunca llega a aparecer. El cortesano que introduce a los viajeros en la academia romana se lo anuncia: «Dudo que la halléis, por lo que dice de felicidad». Ya entre los académicos que debaten sobre la felicidad que los humanos buscan erradamente, lo viene a confirmar el mismísimo Marino: «Todos los mortales andan en busca de la felicidad, señal de que ninguno la tiene».

Cervantes había llevado a sus amantes hasta Roma para ver cumplida la aspiración platónica de unidad: allí se remontan a sus orígenes, recobran sus nombres primeros, se transforman en la persona amada y caminan, ya bajo especies de eternidad, hacia Dios. Baltasar Gracián destrozó la anagnórisis y la consiguiente felicidad amorosa que entrañaba el género bizantino, pues en la misma Roma se descubre la imposibilidad de Felisinda. No hay vuelta a los orígenes afectivos o místicos, y sólo queda avanzar por la senda estrecha de la virtud hasta alcanzar la fama en la memoria de los hombres. El desengaño sirve también a los lectores, no sólo como ejemplo, sino como prueba racional de la inutilidad de tantos libros sobre peripecias sentimentales. Con agudeza e ingenio, la profesora Aurora Egido ha puesto a los personajes de Cervantes y Gracián en el mismo camino de Roma para mostrarnos el punto en que ese camino se bifurca hacia dos literaturas y dos filosofías contrapuestas.

L. G. C.—UNIVERSIDAD DE HUELVA



Alberto Dürer:
Peregrinatio, 1513.

ÍNSULA



LIBRERÍA, EDICIONES Y PUBLICACIONES, S.A.

Por la presente comunicamos que el profesor Luis Gómez Canseco de la Universidad de Huelva se hizo cargo de la reseña al libro de la profesora Aurora Egido *En el camino de Roma. Cervantes y Gracián ante la novela bizantina* (Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2005) que apareció en el misceláneo de INSULA correspondiente al mes de mayo de 2006.

Fdo. Arantxa Gómez Sancho
Editora

En Madrid, a 8 de septiembre de 2006

